

SAN PEDRO PASCUAL, OBISPO Y MÁRTIR

Día 23 de octubre

P. Juan Croisset, S.J.

Después que los moros se apoderaron de todas las provincias meridionales de España; esto es, desde el año 713, en que el desgraciado rey D. Rodrigo fue muerto en la batalla que perdió contra los infieles, llamados de África por el conde D. Julián, viéndose reducidos los godos á refugiarse en las montañas de León, de Asturias y de Galicia, establecieron los sarracenos [árabes mahometanos] su tiránica dominación en el país, y redujeron á todos los cristianos á una lamentable servidumbre. Fue cruel la persecución, pero no fue bastante para sofocar la fe, conservando Dios por más de setecientos años multitud de fieles y generosos siervos que, en medio de tan dura esclavitud, supieron mantener toda la libertad y todo el celo de verdaderos hijos de Dios, sacrificando sus bienes y su misma vida á la conservación del culto divino y al consuelo de sus hermanos cautivos, aliviándolos en sus miserias.

Una familia entre tantas otras, originaria de Valencia, y tan distinguida por su virtud como por sus muchos bienes de fortuna, descollaba sobre todas las demás, desde largo tiempo había, en estos ejercicios de caridad. Contaba ya en sus ascendientes cinco héroes cristianos que habían derramado su sangre por la Religión; y sus descendientes, herederos del celo y de la piedad de sus progenitores, empleaban la mayor parte de sus rentas en mantener el convento del Santo Sepulcro de la ciudad de Valencia. Era su casa el refugio de todos los necesitados, y la hospedería común de los religiosos que venían á redimir cautivos, particularmente de San

Pedro Nolasco, célebre fundador de la Orden de la Merced. Viendo el Santo que sus insignes bienhechores padecían el desconsuelo de no tener hijos, suplicó al Señor con fervorosos ruegos que le diese sucesión, concediéndoles un heredero que lo fuese también de su celo y de su piedad. Fueron oídas sus oraciones, y el año de 1227 tuvieron un hijo, á quien pusieron el nombre de Pedro, por devoción al santo fundador.

Mirándole como hijo de oraciones, le dieron una educación muy correspondiente á los designios de la Providencia sobre aquel vaso de elección, y muy propia del gran fondo de virtud que resplandecía en sus piadosísimos padres.

Rescataron éstos á un virtuoso sacerdote narbonés, hombre sabio, el cual después fue religioso de Nuestra Señora de la Merced y Obispo de su patria, y le encargaron, así la educación como los estudios de su hijo. Hizo admirables progresos en tan buena escuela; pero, al paso que se iba haciendo más hábil en todo género de ciencias, se hacía también más santo.

Moviéronse por entonces en aquel reino las revoluciones contra su rey Zeit, padeciendo mucho en esta calamidad los padres de nuestro Santo, de quien los moros recelaban haber tenido parte en la afición que mostraba aquel príncipe á los cristianos. Sosegada esta alteración, iba nuestro Santo con otros de su edad pidiendo limosna para los cautivos enfermos. Poco duró la tranquilidad pública. No bien había sentado el traidor su monarquía, cuando comenzó el rey D. Jaime á tratar de la conquista de aquel reino; el objeto era restituir al rey despojado; los moros recelaban que los cristianos querían ganar el reino; andaban como fieras por la ciudad, haciendo á los fieles todo el mal que podían. El moro más cruel con ellos, ése era el tenido por mejor;

despeñábanlos por las torres de sus mezquitas; hacíanlos tajadas por las calles; robaron las casas de los mozárabes; la de nuestro Santo fue de las primeras. Favoreció el Rey á su padre, pretendiendo tener en él, como tan amigo que era del rey de Aragón, escudo en la calamidad que le amenazaba. Los trabajos de aquella familia y la aflicción de nuestro Santo al ver tan perseguido y blasfemado el nombre del Señor, bien se deja entender.

San Pedro Nolasco, que conocía á esta santa familia, la presentó al rey D. Jaime. El Rey, al restituir á aquella ciudad su antigua Iglesia, nombró á nuestro Santo por canónigo de ella, y dispuso que sus padres le enviasen á estudiar á París con el venerable doctor Pedro Aymillo. El Obispo de París, enamorado de su santidad y de sus raros talentos, le confirió los sagrados órdenes y le mandó que predicase el Evangelio en toda la extensión de su obispado.

Estando él allá, murieron sus padres. Dio poder á San Pedro Nolasco para que, hecha tres partes su hacienda, se repartiese entre huérfanos, encarcelados y cautivos; y resuelto á dejar el mundo, después que, vuelto á España, estuvo algún tiempo residiendo su prebenda, la renunció y vistió el hábito de la nueva Orden de la Merced en el convento de Valencia, por los años de 1250. Los superiores nada tuvieron que hacer sino moderar su fervor y poner límites á sus ansiosos deseos de abatimientos, humillaciones y penalidades.

Luego que profesó vino á Barcelona, llamado de San Pedro Nolasco. Acompañóle en el viaje á Toledo, adonde el santo fundador iba llamado de la reina Doña Violante. Quedaron los reyes de Castilla muy aficionados á la virtud de este siervo de Dios, como se vio adelante. Vuelto á Barcelona leyó teología, y predicaba con

increíble fruto. Encargóle el rey D. Jaime la educación de su hijo el infante D. Sancho, que había abrazado el estado eclesiástico. Era su genio muy opuesto al bullicio de la corte, pero le fue forzoso sacrificarse y pasar á ella. Desempeñó su nuevo cargo con tanta satisfacción del Rey, con tanto fruto y con tan feliz suceso, que el Infante hizo maravillosos progresos en las ciencias humanas y en las ciencias de los santos; tanto, que tomó el hábito de la Merced, siendo después gloria y ornamento de la misma Orden. Con esta resolución del infante quedó libre nuestro Santo, y tuvo tiempo para ir á hacer una redención de cautivos cristianos en Granada, con ayuda de los reyes de Castilla; renováronsele entonces las lágrimas de la niñez, viendo allí un retrato de las miserias en que se crió. Visitó los calabozos del Monte Santo, vio la crueldad con que trataban á los cautivos, la falta de doctrina, y la ignorancia en los misterios de nuestra santa fe. Por de contado escribió una explicación de la doctrina cristiana, para que los cautivos que sabían leer la enseñasen á los demás. Salió de Granada, dejándose allí el corazón; recibéndole con gran gozo en Toledo, donde predicó y fue muy estimado del Arzobispo D. Domingo Pascual.

Muerto éste, fue electo Arzobispo de Toledo el infante de Aragón D. Sancho. Este prelado pidió al Papa Urbano IV hiciese obispo titular de Granada á su maestro, para que en su nombre gobernase el arzobispado y ejerciese el oficio de pastor. Fuéle preciso obedecer al Sumo Pontífice, sacrificando en obsequio de la obediencia su extremada repugnancia á toda dignidad eclesiástica. Consagróse el año 1262, y luego se reconoció en él uno de los más dignos sucesores de los apóstoles. Habiéndosele confiado el gobierno del Arzobispado de Toledo, dio principio á él por la visita general. En este tiempo fundó en aquella ciudad el convento de Santa Catalina, de su Orden, donde vivió

después vida pobre y humilde como religioso. No hubo ciudad, villa, pueblo ni aldea que no mudase de semblante por los desvelos de semejante pastor.

Por Octubre del año 1275, los moros, en odio de la verdadera religión, mataron al infante arzobispo de Toledo, entre Martos y Torrejima. Entonces, quedando nuestro Santo libre del gobierno de aquella diócesis, resolvió ir á Granada á visitar y á asistir á sus ovejas. No siéndole posible residir en Granada, anduvo á pie con gran pobreza, predicando por gran parte de nuestra Península; entró por el Algarve, y corrió por el reino de Portugal; en todas partes hacía gran fruto y recogía limosnas para sus cautivos. Después de esta peregrinación volvió á Granada. Luego hizo un viaje á Roma en el pontificado de Nicolao IV. Conocióle este pontífice, y le oyó predicar en Toledo, donde estuvo siendo General de la Orden de San Francisco. Quiso que predicase en las iglesias de San Pedro y de Santa María la Mayor, é hizo de él la estimación que debía, y le honró como á santo prelado. Hizole legado suyo para con los reyes de Francia y España, **encargándole que por el camino fuese predicando la cruzada que se había publicado contra los infieles.**

En París fue recibido con extraordinarios honores, esmerándose el Rey, el clero y el pueblo en darle las mayores pruebas de sus respetos y de su veneración. Sus sermones hicieron en París el mismo fruto que en todas partes. Movieron y convirtieron á muchos; **pero ninguna cosa le hizo tanto honor como el celo y la fuerza con que defendió públicamente el misterio de la Inmaculada Concepción de la santísima Virgen.**

Estando todavía en Francia fue promovido al obispado de Jaén, con aprobación del Papa Bonifacio VIII. Era á la sazón toda aquella diócesis como un erial

inculto, habiendo carecido muchos años de pastor. Halló su celo abundante materia para la labor; pero en poco tiempo correspondió la mies á la fatiga del cultivo. Llegó el año 1297, en que al santo obispo le pareció preciso hacer otro viaje á Granada. **Por más que le representaron el peligro á que se exponía, todo lo venció el deseo del martirio, que siempre había sido su pasión dominante.** No sólo trabajó en la redención de los cautivos, sino que **tuvo valor para emprender la conversión de los moros. Calificóse esto por delito de estado.** Arrestáronle, encerráronle en un calabozo, y le cargaron de cadenas. Llegó á Jaén la noticia, y al instante lo enviaron una gran suma de dinero para su rescate. Recibióla con el mayor agradecimiento; pero, en lugar de emplear aquellos caudales en recobrar su libertad, todos los expendió en solicitar la de una gran multitud de pobres cautivos. Compuso en su prisión muchos admirables tratados, tan enérgicos como convincentes, para volver al gremio de la Iglesia á los infelices que habían renegado de la fe, y para confirmar en la religión á los que se mantenían en ella. Por este tiempo escribió la *Biblia pequeña*, que es una explicación de los misterios de nuestra santa fe, en lengua lemosina, para uso de los mercaderes de Valencia y Cataluña que vivían en Granada. Durante su prisión fue admirablemente consolado con muchas gracias extraordinarias. Incitado y **amotinado el populacho por los doctores del Alcorán** [Alcorán=Corán: libro dogmatista de herejías, que niega a la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, del falso profeta Mahoma], acudió tumultuariamente al palacio del Rey, pidiendo la cabeza del santo misionero. El Príncipe, aunque bárbaro, estimaba al Santo; temiendo, no obstante, una sedición, le sentenció á que le cortasen la cabeza. Notificáronle aquella noche la sentencia, y él la pasó toda en disponerse para el sacrificio que había de colmar el lleno de sus deseos. Sin embargo, se suspendió por algunos breves momentos su alegría: acometióle de repente un

vivo sobresalto y cierta especie de terror que le abatió el corazón; pero muy luego volvió á su antiguo espíritu con una celestial visión que le llenó de consuelo. Apareciósele Jesucristo pendiente de la cruz, en medio de un brillante resplandor, y le dijo estas palabras: *Pedro, no te asustes porque la naturaleza haga su oficio. Yo mismo estuve triste hasta la muerte la noche antes de mi pasión, y por tu amor padecí aquella amarga agonía.* Con estas palabras cesaron al punto los temores de nuestro Santo, sucediendo á la tristeza el valor y la alegría. Al amanecer celebró el santo sacrificio de la Misa con tanto fervor, que acreditaba bien lo abrasado que estaba aquel corazón en el divino fuego, que tan en breve había de consumir la amorosa victima. Apenas se había postrado en tierra para dar humildes gracias, cuando entraron los bárbaros llenos de furor y le cortaron la cabeza á un golpe de cimitarra. Así consumó su sacrificio este gran Santo, consiguiendo la corona del martirio el día 6 de Enero de 1300, á los setenta y tres de su edad. Estaban muy determinados los moros á reducir á cenizas su cuerpo, sus vestiduras pontificales y todas las alhajas que habían servido á su uso; pero, apoderándose de su corazón un repentino terror, dejaron entera libertad á los cristianos para llevar el santo cadáver y darle sepultura en una montaña cerca de Macemoro. **Tardó poco el Cielo en vengar aquella muerte con todo género de calamidades que llovieron sobre la infeliz ciudad de Granada, pero especialmente sobre la familia del príncipe moro, el cual pereció miserablemente, confesando que el obispo de Jaén le castigaba aun en esta vida.**

Apenas llegó á Jaén la noticia de su martirio, hicieron poner su imagen de yeso sobre la puerta de la capilla del alcázar, dedicada desde su conquista á la Virgen de las Mercedes por el santo rey Don Fernando. Los Reyes Católicos, luego que conquistaron la ciudad de

Granada, con consulta del venerable arzobispo Fr. Hernando de Talavera, edificaron un templo en el lugar del martirio de nuestro Santo, dedicado á su nombre. El Rdo. P. José Sánchez, que era General de la Merced por los años de 1670, y después fue obispo de Segorbe, obtuvo del Papa Clemente la confirmación del culto público que se daba á nuestro Santo. En 28 de Junio de 1673, á instancia del General Pedro de Salazar, concedió á la Orden de Nuestra Señora de la Merced que celebrase fiesta á nuestro Santo con Misa y rezo propio de mártir pontífice. El mismo concedió la extensión de su culto á las Iglesias de Granada, Valencia y Jaén, y últimamente á la de Toledo.

Con el tiempo fue trasladado el santo cuerpo á la ciudad de Baeza, donde continúa Dios honrando las sagradas reliquias con gran número de milagros. Porque la muerte del santo mártir sucedió el día 6 de Enero, en que se celebra la fiesta de la Epifanía, el Papa Clemente X fijó la de San Pedro Pascual el día 24 de Octubre, en que se hizo la traslación de sus reliquias.

Además del libro contra la secta de Mahoma y de la Biblia parva, escribió San Pedro Pascual una glosa del *Padrenuestro*, una explicación de los Diez Mandamientos, en que satisface á los argumentos que le habían hecho los judíos é impugna las respuestas que ellos y los moros habían dado á los suyos. Otro libró escribió contra los que dicen que hay *fados (hados)*, venturas, horas menguadas, signos, planetas en que nacen los hombres, necesitándoles la libertad. Estos libros están en la biblioteca de San Lorenzo el Real. Siendo maestro del infante de Aragón, compuso en latín un tratado de la educación, cristiana de los príncipes; siendo gobernador del arzobispado de Toledo, otro de las obligaciones de los párrocos en orden á la enseñanza de los fieles y doctrinas para el cumplimiento de ellas. En la Biblia

parva prometió escribir la vida de San Silvestre, y en ella referir los milagros que había obrado Nuestro Señor Jesucristo por la cruz en que padeció. Esta Biblia se imprimió en Barcelona el año de 1492.

SAN JUAN CAPISTRANO, CONFESOR

San Juan Capistrano, tan célebre en el decimoquinto siglo y tan benemérito de toda la Cristiandad por su eminente virtud y por su gran celo de la religión, nació en Capistrano, poco distante de la ciudad de Aquilaten el Abruzzo, provincia del reino de Nápoles. Fue su padre un caballero angevino que se había casado en Italia con ocasión de ir en la comitiva del duque de Anjou, coronado por rey de Nápoles en Aviñon. Estudió la gramática y letras humanas en su país, correspondiendo los progresos que hizo en ellas en poco tiempo á los que después había de hacer en las facultades mayores. Enviáronle á Perugia para que estudiase en aquella ciudad el derecho canónico y civil. Señalóse en ella tanto por sus cristianas costumbres, por su brillante ingenio y por su celebrada elocuencia, que le dieron una judicatura, cuyo empleo desempeñó con tanta integridad y con tan singular prudencia, que, enamorado de sus raros talentos uno de los más principales ciudadanos, le dio por mujer á una hija suya. En todo le mostraba el mundo muy risueño semblante. Brillaba el joven magistrado no menos por su propio mérito que por el favor y por el lugar que ocupaba en la más floreciente fortuna, cuando la divina Providencia, que no le había dotado de tan bellas prendas para que aumentase el número de los esclavos del mundo, mezcló aquellos primeros gustos con una saludable amargura; paró el curso á aquellas engañosas prosperidades, y en un momento disipó todas las halagüeñas esperanzas de aquella aparente dicha, atajándola en su cuna.

Habiéndose declarado los perusianos contra Ladislao, rey de Nápoles, tuvieron que sufrir una guerra, cuyos sucesos fueron ventajosos á los mismos ciudadanos. Sospecharon que Juan favorecía el partido de Ladislao, y que tenía inteligencias con el ejército de aquel príncipe. No fue menester más para que desconfiasen de él. Arrestáronle, y en vano intentó justificarse probando que sólo había trabajado en avenir á las partes. Metiéronle en una cárcel, donde esperó inútilmente por mucho tiempo que Ladislao le reclamase, empeñándose en alcanzarle la libertad, que había perdido por servirle. El olvido del príncipe abrió los ojos á nuestro Santo, para que hiciese serias reflexiones sobre lo poco que se puede fiar en la amistad de los grandes, como también sobre la inconstancia y la nada de los bienes de este mundo. Al mismo tiempo murió su mujer; y, viéndose libre de este lazo, resolvió trabajar para lograr bienes más sólidos. Apoderándose entonces de su corazón las máximas y los afectos más sagrados de la religión, avergonzóse de que su ambición hubiese errado el objeto; parecióle el mundo lo que es, y, sintiendo en sí cierto sonrojo de haberle servido por tan largo tiempo en perjuicio de su salvación, determinó abrazar el estado religioso, consagrarse enteramente á Dios y no reconocer jamás á otro dueño. Vendió todos sus bienes, compró su libertad pagando su rescate, y pasó de la prisión al convento. Había elegido la Orden de San Francisco, y, después de satisfechas sus deudas y repartido entre los pobres todo el caudal que le sobró, se dirigió al convento del Monte, de la estrecha observancia. Fue recibido en él; pero, temiendo el guardián que su resolución no fuese legítima vocación, se la quiso probar ejercitándole en los actos más abatidos y más penosos que se pueden imaginar. Lo primero que le mandó fue que anduviese por todas las calles de Perusa montado en un vil jumento y con un traje ridículo, cubierta la cabeza con una mitra de cartón en que estaban escritos algunos pecados; prueba

verdaderamente dura para un mozo de treinta años, que se había presentado siempre en aquella ciudad con tanto esplendor, y que se había granjeado en ella el concepto universal de hombre juicioso, prudente y de gran capacidad; pero la superó aquella grandeza de corazón y aquella generosidad con Dios que fueron su carácter en todas las ocasiones. Como no había dejado el mundo á medias, gozoso de que se le ofreciese aquella ocasión de sofocar el resto de su espíritu, ahogó hasta los más mínimos movimientos con tan gloriosa como señalada victoria. Después de ella, nada le costaron ya las demás humillaciones del noviciado, devorándolas todas su devoción y su fervor. Había comenzado tarde, y quiso Dios adelantarle en el camino de la perfección, proporcionándole acciones verdaderamente heroicas. Midió la profundidad de los cimientos por la elevación del edificio, y le ejercitó el Señor en humillaciones correspondientes á los altos designios á que le tenía destinado su divina providencia. Dos veces fue expulsado del convento como inútil y como absolutamente incapaz de servir á la religión. No le acobardó esta vergonzosa expulsión; quedóse á la portería del convento, contentándose con que le diesen las sobras de los pobres. A vista de tan heroica perseverancia se le volvió á admitir, pero con tan duras condiciones, que nunca se creería tuviese valor para aceptarlas. Añadía él mismo muchas penitencias voluntarias á las rigurosas que le imponían, hasta que su paciencia y su humildad cansaron la dureza con que se le trataba, y dejó avergonzada la excesiva severidad de los que pretendían apurar su invencible sufrimiento. Fue, en fin, admitido á la profesión, disponiéndose para ella con extraordinario fervor, en fuerza del cual pasó tres días enteros en oración sin tomar otro alimento.

Desde que profesó, fue toda su vida un continuo ayuno. **Comía una sola vez al día, y por espacio de treinta**

y seis años no probó cosa de carne. Su cama era el suelo de su celda, y su sueño no pasaba de tres horas. Estaban salpicadas de sangre las paredes de su celda; testimonio de sus excesivos rigores y de la inocente crueldad de sus sangrientas disciplinas. Los siete primeros años anduvo siempre con los pies descalzos. El hábito lleno de remiendos acreditaba su extremada pobreza, que amó continuamente, según el primitivo espíritu de la Orden.

Luego que profesó fue ordenado de sacerdote, y el sacerdocio fue para él un abundante manantial de gracias extraordinarias con que Dios le favoreció. Habiendo reconocido los superiores su eminente talento de púlpito, le emplearon en el ministerio de la predicación. Predicó en las ciudades principales con fruto nunca oído; por lo común interrumpían su sermón los suspiros, los sollozos y las lágrimas de todo el auditorio, siguiéndose después grandes y ruidosas conversiones. Por este tiempo ligó nuestro Santo una estrecha amistad con San Bernardino de Sena, unidos con el mismo espíritu aquellos dos grandes corazones, á quienes llamaban los apóstoles de Italia. Había emprendido San Bernardino la reforma de su Orden, empeño que le produjo muchas persecuciones, y nuestro Santo tomó el de ser su apologista, no contentándose con el de profesarse gran imitador de sus virtudes. Hizo expresamente un viaje á Roma para defenderle en presencia del Papa y de los cardenales contra las calumnias y contra los errores de los que impugnaban la devoción del santo Nombre de Jesús; con cuya ocasión se dio á conocer en aquella corte, donde se levantó con una reputación y con un concepto que perjudicó mucho á sus intentos de pasar la vida en el retiro y en la obscuridad.

Habíase levantado hacia el fin del siglo decimotercero en la comarca de Ancona una perniciosa secta de monjes vagabundos, casi todos apostatas, con el

nombre de los *Fratícelos*, cuyas estragadas costumbres y perniciosos errores tenían escandalizada á toda la Iglesia; y, habiéndolos condenado el Papa Bonifacio VIII, mandó á los inquisidores que procediesen contra ellos como herejes. Juan XXII renovó contra esta secta todas las censuras de sus predecesores; mas ni por él ni por muchos sucesores suyos pudieron ser exterminados aquellos hombres fanáticos, y en tiempo de nuestro Santo se reproducía todavía en Italia aquella generación de víboras. Fue nombrado San Juan Capistrano inquisidor contra los bizochos y los frailecitos; siendo tan eficaz y tan dichoso su celo, que logró libertar á Italia de aquella peste. Prendado el Papa Eugenio IV de las abundantes bendiciones que derramaba el Cielo en todo lo que ponía la mano nuestro Santo, le hizo su nuncio en Sicilia y le envió al concilio de Florencia para que trabajase en la reunión de los griegos con los latinos. Despachóle á los duques de Bolonia y de Milán para apartarlos de los enemigos de la Santa Sede y del partido del antipapa Félix V, cuyos protectores se habían declarado aquellos príncipes. Deputóle también al rey de Francia Carlos VII, desempeñando nuestro Juan todas estas comisiones muy á satisfacción del Pontífice, y con aquella felicidad que acompaña ordinariamente las empresas de los santos.

Pero, mientras trabajaba tan gloriosamente en el bien universal de toda la Iglesia, no se empleaba con menos fruto en el particular de toda la Orden de San Francisco. A su celo se debió en gran parte la renovación del espíritu primitivo, por las prudentes constituciones que se hicieron en un Capítulo general á que asistió, y por el cuidado con que procuró que reflorecesse la observancia regular. Sobre todo, ayudó mucho á San Bernardino de Sena para el suceso de la reforma, y fue nombrado para introducirla ó para restablecerla en los conventos que poseía en el Oriente la religión. Extendiéronse mucho más allá los frutos de su celo y de

sus trabajos, habiendo sido asociado también á San Lorenzo Justiniani para visitar las casas de los Jesuatos, que tenían necesidad de alguna reforma.

Conociendo Nicolao V, sucesor del Papa Eugenio, el raro mérito y la poderosa virtud de nuestro Santo, le hizo comisario apostólico en Alemania, Bohemia, Polonia y Hungría, experimentándose en todas partes el mismo celo, el mismo fruto y los mismos felices sucesos.

Mahomet II, terror de la Europa y azote de Dios para castigar las culpas de los cristianos, amenazaba á toda la Cristiandad por la superior fuerza de sus armas. Acababa de aniquilar el imperio de los griegos, habiéndose apoderado de Constantinopla el año de 1453. Era ya dueño de doce reinos, y había tomado más de doscientas ciudades, cuando vino á poner sitio á Belgrado el año de 1456 con un poderoso ejército, que, orgulloso y fiero con sus continuadas victorias, nada menos se prometía que la conquista de todo el imperio cristiano, y enarbolar el estandarte otomano en el Capitolio de Roma. A un poder tan formidable se creyó no podía oponerse resistencia más vigorosa que la virtud de San Juan Capistrano, y así le nombró el Papa por predicador y caudillo de la Cruzada. El primer fruto de sus sermones fue como un seguro presagio de la futura victoria. Unió todas las fuerzas de Ladislao, rey de Hungría, del bravo Hugnado, vaivoda de Transilvania, y de Jorge, déspota de Rusia. Mahomet, superior en tropas y en orgullo, temía poco á todos aquellos príncipes coligados; pero no conocía aún la poderosa virtud de San Juan Capistrano, á quien el Cielo había puesto al frente del ejército cristiano. **Llegaron á las manos los dos ejércitos, y, empuñando Juan en las suyas un crucifijo, fue corriendo con él todas las líneas y animando á los soldados con la memoria de que iban á combatir por Jesucristo, el gran Dios de los ejércitos.** Inspiró la

presencia de nuestro Santo tanta confianza y tanto ardimiento á los cristianos, que desde el primer ataque fue derrotado el ejército otomano, herido el mismo Mahomet, y todas sus tropas hechas pedazos. Fue completa la victoria, al fin como milagrosa; y no sólo todos los príncipes, sino toda la Cristiandad reconoció haberse debido al celo, á las oraciones y á la virtud de nuestro Santo, que habiendo desempeñado todas las obligaciones de un hombre apostólico, de un siervo verdaderamente fiel, terminadas gloriosamente las funciones de su ministerio, fue muy luego á triunfar en el Cielo y á recibir en él las eternas recompensas debidas á sus trabajos. Porque habiéndose retirado al convento de Vilech, cerca de Sirmich, en Hungría, murió con la muerte de los justos, tres meses después de la batalla, el año de 1456, á los setenta y uno de su edad, colmado de virtudes y de merecimientos. **Habiéndose librado su santo cuerpo de la barbarie de los turcos, no se libertó de la impiedad de los luteranos.** Desenterráronle, y le arrojaron en el Danubio; pero dichosamente le volvieron á encontrar los católicos, los cuales le llevaron á Elloc, cerca de Viena, en Austria, donde se conserva religiosamente el día de hoy, honrado con mucha devoción de los fieles. Hizo el Señor glorioso su sepulcro con tantos milagros, que se han compuesto libros enteros de ellos. Beatificóle el Papa León X el año de 1690, y fué solemnemente canonizado por el Papa Alejandro VIII.

SANTOS SERVANDO Y GERMÁN, MÁRTIRES

Hna de las naciones del mundo en que la religión cristiana ha sido confesada con más valor, y recibido mayores sacrificios, ha sido España. En ella hallaron los tiranos su confusión y su vergüenza, viendo vencida su crueldad, unas veces por inocentes niños, otras por delicadas doncellas, y casi innumerables por esforzados varones. Entre éstos tienen un lugar muy

distinguido San Servando y San Germán, cuyo glorioso martirio celebra en España la Iglesia en este día. Ignórase cuál fue su patria; bien que, según los Breviarios evorense y el hispalense antiguo, se dicen naturales de Mérida; y, por su testimonio y otras varias circunstancias que constan de sus actas, es esta opinión la que parece más probable y verosímil. Siendo de edad adulta, y teniendo los conocimientos necesarios para percibir la vanidad del paganismo y la sólida firmeza de los preceptos del Evangelio, determinaron hacerse cristianos, para ser en la milicia de Jesucristo soldados fuertes que defendiesen su sacrosanto nombre contra los ejércitos de las infernales potestades. Instruidos suficientemente en los misterios de la religión sacrosanta, recibieron el sagrado bautismo, haciendo juramento á Dios delante de los altares de serle eternamente fieles. Este juramento le cumplieron de tal modo, que su fe no era aquella estéril y vana que se queda en palabras, sino aquella sólida y fructuosa á quien las obras vivifican. Los Santos, pues, hacían diversos milagros, conjurando á los endemoniados en el nombre de Jesucristo, lanzando de sus cuerpos los demonios, y además dando vista á los ciegos, habla á los mudos, oído á los sordos, y el uso de sus miembros á los que por cualquiera enfermedad los tenían embargados.

Por aquel tiempo padecieron varios españoles las terribles consecuencias de confesar libremente el nombre de Jesucristo entre las gentes que le aborrecían y tenían en sus manos el poder. Como Servando y Germán resplandecían entre los demás cristianos por la santidad de sus costumbres y por los frecuentes milagros con que Dios los hacía maravillosos, llamaron fácilmente hacia sí las atenciones del juez imperial. Mandó ponerlos presos, y, pidiéndoles razón de su profesión y de su conducta, confesaron con valor que adoraban á un solo y verdadero Dios, y á su hijo Jesucristo. Esta respuesta irritó la cólera

del juez infernal, y, creyendo que podría hacerlos mudar de conducta por medio de los tormentos, dio orden de que se les aplicasen los más crueles y horribles. Suspendidos en el ecúleo, el inicuo juez no desconfiaba por su parte de poder triunfar de su constancia, y así los mandó volver á la cárcel, cargarlos de grillos y cadenas, y atormentarlos con hambre y sed. Nada bastó para contrastar el heroico valor de los siervos de Jesucristo. Cuando los Santos estaban en la cárcel, cesó la persecución; pero el Señor les preparaba la corona de un martirio que les había de ser de mayor gloria. Dada la libertad á cuantos penaban en las cárceles por motivo de religión, salieron libres Servando y Germán, más atormentados que los demás, pero también con nuevo valor y esfuerzo, no solamente para combatir ellos por si mismos todas las astucias del Infierno, sino también para confirmar á los demás en la santa religión que habían profesado.

A este efecto practicaban cuantas diligencias podía dictar la caridad más activa y el celo más abrasado. Recorrían la ciudad por todos sus barrios, y no contentos con predicar patéticos discursos contra la vanidad de los dioses gentiles y contra la debilidad de sus fuerzas, persuadiéndoles cuánta necedad era colocar en ellos sus esperanzas, llevaban á mayores empresas sus designios. Persuadían á los mismos gentiles á arruinar los templos y aras de los dioses, y á destruir enteramente aquellos lugares sagrados que tenían en los bosques en donde ejercitaban su superstición. Fueron innumerables los que comenzaron á aborrecer con toda su alma los ritos y ceremonias profanas con que los sacerdotes sacrificaban á sus deidades. Despreciaron también á éstas, movidos altamente de que, habiendo visto que Servando y Germán tiraban contra el suelo y destrozaban los simulacros, ellos ni se habían quejado, ni habían hecho venganza alguna contra los siervos de Jesucristo.

A esta sazón, ya el común enemigo había movido cruelísima persecución contra los cristianos, que, según se puede conjeturar, fue la de Diocleciano. Había en Mérida un vicario imperial, llamado Viador, el cual tenía el cargo de hacer la pesquisa de los que adoraban el nombre de Jesucristo. Llegó éste á saber fácilmente cómo Servando y Germán habían estado antes presos y atormentados por seguir la religión prohibida por decretos imperiales; que, habiendo sido echados á la cárcel, lejos de corregirse con el castigo, habían seducido á infinitos gentiles y había llegado su temeridad hasta profanar y derribar los templos de los dioses, y hacer pedazos sus simulacros. Semejantes acusaciones encendieron en ira al juez, quien mandó inmediatamente que se les pusiese de nuevo en prisión, para que ofreciesen incienso á los dioses ó perdiesen las vidas con los más horribles tormentos. Cumplióse el decreto del presidente, y, habiéndolos puesto presos, volvieron á afligir sus sagrados cuerpos con los mismos tormentos que anteriormente habían experimentado. Los ponen en el ecúleo, escarnifican sus sagrados miembros con uñas de hierro, y corren por todas partes los arroyos de sangre; pero los Santos se mantenían inflexibles en su primer propósito, no menos constantes en la confesión de la fe que lo estaban los crueles ministros en atormentar sus cuerpos. Dióse noticia de esto al juez, el cual concibió una rabiosa furia contra los gloriosos mártires, y, falto de consejo, no sabía de qué modo satisfacerla.

Persuadido á que una de las circunstancias que hacen más terrible un tormento es la de su lentitud y duración, adoptó el partido de reservar á los Santos para nuevas penas, y de este modo saciar en ellos su cólera, y dar un ejemplo á los demás fieles que les hiciese temer. Mandó, pues, que los echasen argollas de hierro al cuello, y que atasen con esposas sus manos, y de este modo los metiesen en un oscuro y fétido calabozo, en

donde estuviesen dispuestos para nuevas penalidades. Entre tanto tuvo Viador necesidad de pasar desde Mérida á la Mauritania Tingitana, que pertenecía entonces al gobierno civil de España; y, queriendo que el martirio de Servando y Germán aterrara á los demás cristianos, mandó que, atados con cadenas de hierro, los llevasen detrás de él por el camino. Esta pena, que el mismo Satanás había sugerido al tirano para quebrantar, si fuese posible, la constancia de los soldados de Jesucristo, no solamente se convirtió en afrenta del mismo tirano, sino en mayor gloria de los mártires y en gran provecho de la Iglesia. No eran solos Servando y Germán los que padecían por la fe de Jesucristo; padecían, como ellos, los trabajos de aquella prisión otros muchos á quien el inicuo tirano había mandado llevar atados con cadenas para alimento de su furia infernal. Estos se lamentaban de su suerte y estaban poseídos de tristeza viéndose en penas tan amargas; por el contrario, Servando y Germán tenían henchidos sus pechos de aquella inefable alegría que derrama el Espíritu Santo en los que con firmeza de fe confiesan á Jesucristo. Entre tanto llegó el presidente á la jurisdicción de Cádiz, y, habiendo visto que todos los tormentos é incomodidades que habían pasado en el camino no habían producido otro efecto que hacer más notoria su constancia, dio sentencia de que fuesen degollados. Sacáronlos, pues, á un collado cercano de Cádiz, llamado Ursoniano, y, habiendo llegado al sitio del sacrificio, se pusieron de rodillas Servando y Germán, y con voz sumisa hicieron oración á Dios, pidiéndole se dignase aceptar el sacrificio de su vida. Dieron el golpe los verdugos, con que fueron cortadas sus sagradas cabezas, y sus almas volaron al Cielo á recibir las coronas debidas á tan glorioso martirio. Los cristianos, cuidadosos de que no pudiesen tan preciosas reliquias, procuraron haberlas á las manos y sepultarlas en lugares honoríficos. Según el Misal y Breviario de San Isidoro, el cuerpo de San Servando fue enterrado en Cádiz, y el de

San Germán llevado á Mérida, en donde, con el tiempo, fue colocado al lado de Santa Eulalia y otros muchos mártires, cuyos despojos posee aquella dichosa ciudad. No se sabe en qué año fue trasladado el cuerpo de San Servando; pero lo cierto es que lo fue á Sevilla, y colocado en el cementerio entre Santa Justa y Santa Rufina. Aunque es creíble que inmediatamente después de su pasión fuesen venerados por santos, no consta de su culto público hasta el tiempo de los godos, en que se propagó por todas las provincias sujetas á su dominio. La ciudad de Sevilla los venera con gran devoción, por poseer el cuerpo de San Servando, y una grande reliquia de San Germán, su compañero. Mérida los celebra y tiene por sus abogados y patronos; y en el año de 1619 hizo Cádiz igual demostración de gratitud, recibéndolos por patronos y obligándose á guardar su festividad como día de precepto, en memoria de haber sido regada su tierra con su preciosa sangre.

La Misa es en honor de San Pedro Pascual, mártir, y la oración la siguiente:

iOh Dios, consuelo de los humildes y fortaleza de los fieles, en virtud de cuyo abrasado amor el bienaventurado mártir y pontífice Pedro Pascual, haciéndose él mismo esclavo, redimió á otros cautivos tiernos en la edad y frágiles en el sexo! Suplicámoste que por su intercesión nos libres de toda culpa de la humana fragilidad, para estar más prontos á todas las obras de caridad, y, logrando la dicha de estar en su gracia por habernos perdonado, nos conserves en ella con la eficacia de tus auxilios. Por Nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 1 de la segunda del apóstol San Pablo á los corintios.

Hermanos: Bendito sea Dios y el Padre de Nuestro

Señor Jesucristo, Padre de misericordia, y el Dios de todo consuelo, el cual nos consuela en toda nuestra tribulación, para que podamos también nosotros consolar á los que están en cualquier aflicción, por el mismo consuelo con que somos nosotros consolados por Dios. Porque, así como abundan en nosotros las tribulaciones de Cristo, así también por Cristo es abundante nuestro consuelo; pero, ya seamos atribulados, es para vuestro consuelo y salud; ya seamos consolados, es para vuestro consuelo; ó ya seamos exhortados, es para vuestra instrucción y salud, la cual obra en la tolerancia de las mismas aflicciones que padecemos también nosotros, para que sea firme la confianza que tenemos de vosotros, sabiendo que, así como habéis sido participantes de las aflicciones, lo seréis también de la consolación en Cristo Jesús Nuestro Señor.

REFLEXIONES

Bendito sea el Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo. Las alegrías vanas y pasajeras pueden brotar en nosotros de tantos distintos manantiales cuantos son los objetos que para su satisfacción se forman nuestras pasiones; pero el verdadero y sólido consuelo no reconoce otro origen que sólo Dios; todo nace únicamente de El. Los que provienen de las criaturas son tan vacíos y tan superficiales, que no nos pueden llenar. Hacen el mismo efecto en el corazón que un vaso de agua helada en un cuerpo abrasado con una ardiente calentura. Siempre se paga muy caro el ligero y transitorio gusto que se busca en las cosas criadas, el cual nunca es capaz de consolarnos plenamente. El mismo Dios que consuela es el que perdona, y nunca consuela del todo sin haber antes perdonado. Dios es mi Padre y Padre de las misericordias; conque no puede dejar de ser para mí el Dios de todo consuelo, si no pongo estorbo á sus piedades. Al estado y aun el mayor

bien del cristiano le conviene padecer; á la bondad de nuestro Dios, sostener y consolar al cristiano en sus trabajos. Es cierto que en todas partes nacen las cruces, pero también lo es que llevan consigo mismas el consuelo, cuando son retoños de la cruz del Salvador. Las pasiones, hablando en propiedad, tampoco producen más que cruces, pero todas amargas, y todas saben á la calidad del terreno donde nacen. Si el Señor es el Dios de todo consuelo, sus ministros deben ser unos hombres en donde todos le hallen. En su seno han de derramar los fieles su corazón, y en sus consejos han de encontrar alivio á sus trabajos.

El Evangelio es del cap. 16 de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de Mí, niegúese á sí mismo, y lleve su cruz, y sígame. Porque el que quisiere salvar su vida, la perderá; pero el que perdiere su vida por Mí, la hallará. Porque ¿qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ó ¿qué dará el hombre en cambio por su alma? Porque el Hijo del Hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces dará á cada uno según sus obras.

MEDITACIÓN

De la falta de juicio que se halla en las máximas del mundo.

PUNTO PRIMERO.—Considera que las falsas máximas del mundo, aunque sean tan universales, por más que las quieran acreditar tantas personas que presumen de cuerdas y de entendidas, están destituidas de toda razón y juicio. Una de estas máximas, que ciertamente es el día de hoy de las más autorizadas, enseña que se debe hacer

lo que hacen otros. Pero considera á sangre fría quiénes son esos otros que, según el mundo, han de servir de modelo. ¿Son por ventura algunos hombres de juicio, de notoria probidad, que se hagan recomendables por su vida cristiana, ajustada y ejemplar? A la verdad, es bien corto el número de éstos; pero, á lo menos, ¿se propone por ejemplar este corto número? Nada menos. Estos son aquellos excelentes modelos que nos propone el mundo para la imitación; éstos los qué, en su dictamen, deben dar la ley á todo el universo; éstos aquellos otros cuyo ejemplo se ha de seguir como ellos pretenden. Dios mío, ¿será posible que llegue á tal extremo nuestra ceguedad, que una servil, que una indigna complacencia por unos hombres á quienes ciertamente no se estima, á quienes seguramente se desprecia, domine nuestra razón, y, por decirlo así, tiranice nuestra libertad, imponiéndonos cierta especie de necesidad de ser malos y de desbarrar sólo porque ellos desbarran?

PUNTO SEGUNDO.—Considera la pobreza de los hombres del mundo en su modo de pensar. Pues qué, ¿basta ser buen cristiano, ser devoto, ser discípulo de Cristo para no saber vivir? ¡Qué extravagancia! ¿Ignórase que sólo en su escuela se aprende á vivir? Desengañémonos; no hay verdaderamente otro hombre de bien que el hombre verdaderamente cristiano. En la escuela del Evangelio se aprende aquella inalterable dulzura, aquella humildad de corazón sin la cual toda aparente apacibilidad, toda modestia postiza, toda urbanidad afectada, es una pura fruslería; pero, en poseyendo aquélla, se conocen muy bien todos los deberes de la atención, y todos se practican á tiempo, en sazón y con la mayor oportunidad. Hacer en el mundo lo que hacen los otros, es saber aturdirse en punto de religión como se aturden los otros; pero no es saber vivir como verdadero cristiano. Ciertamente, si es preciso hacer lo que hacen otros, ¿no será mejor hacer lo que

hace aquel corto número de escogidos á quienes está prometido el Reino de los Cielos?

Puedo, Dios mío, con vuestra divina gracia evitar estos desesperados arrepentimientos; todavía estoy en tiempo de hacerlo. Disponed, Señor, que me aproveche de este tiempo y de estas reflexiones.

JACULATORIAS

Confirmad, Señor, y haced que sean eficaces estas luces que Vos me comunicáis.—*Ps. 67.*

Resuelto estoy, Dios mío, á vivir arreglado á vuestras divinas máximas, determinado á conformar mi conducta á vuestra santísima ley.—*Job., 27.*

PROPÓSITOS

1. Siendo cierto que en la hora de la muerte no quisieras haber vivido como ese inmenso montón de libertinos, como; esa multitud de mujeres profanas, como ese enjambre de personas que sólo respiran el espíritu del mundo, como ese **sin número de indevotos y de imperfectos, oprobio del estado eclesiástico y afrenta del religioso; y que toda la seguridad para mantenerte en los desórdenes que tú mismo condenas, en esa vida tibia que traes, en ese desordenado proceder que de cuando en cuando sobresalta tu conciencia; toda tu seguridad estriba en la esperanza, bien ó mal fundada, que tienes de que antes de morir reformarás tus costumbres, romperás las cadenas que te tienen aprisionado, harás una vida ejemplar y religiosa, ¿por qué no comenzarás á poner hoy en ejecución lo que no sabes si podrás hacer mañana? Si esperas convertirte á Dios antes de la muerte, haz que puedas decir hoy mismo con verdad: Por la misericordia de mi Dios, ya, en fin, me he convertido.**

2. No es posible dejar de conocer á alguno de tu misma edad y de tu misma condición, que viva cristianamente; á alguno de tu misma comunidad ó de tu misma religión, que viva ejemplar y santamente. Pues propóntele por modelo para imitarle, para ser tan exacto, tan observante, tan devoto, tan cuerdo y tan circunspecto.